

no es que las ciudades dediquen parte de su dinero al sostenimiento de una sala desprovista de potencia cultural. Sino todo lo contrario. El teatro debe llegar a todas partes de la mano de gentes que, como éstas que yo acabo

de conocer en Pontevedra y en Badajoz, piensan que el escenario es el lugar idóneo para proponer imágenes conflictivas, abiertas y reales del hombre y la sociedad que ocupa la butaca.—J. M.

## MOLINS DE REY

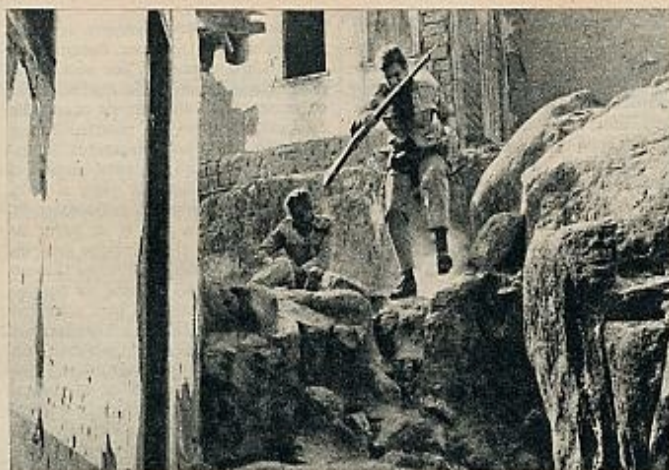
### Cine español y latinoamericano

Cada año, desde hace cinco, Molins de Rey —una pequeña localidad cercana a Barcelona— celebra su Semana del Nuevo Cine Español, organizada por su Cine-Club, que preside Isidro Maclás, y dirigida por Juan Francisco de Lasa. De Molins procede, precisamente, esa denominación de «nuevo cine español» que últimamente ha hecho correr tanta tinta, que hoy se discute y es objeto de apropiación desde distintas posiciones. Lo que es evidente es que, con sus limitaciones —que en último término no son sino reflejo de otras de tipo más amplio, de carácter estructural—, la Semana de Molins ha logrado sobrepasar, con mucho, el ámbito local. Sus ediciones, evidentemente, no han alcanzado todas el mismo nivel. En último término, una Semana no puede ser sino reflejo del cine que se hace. Y este año la situación de nuestro cine no ha sido particularmente boyante.

Ante una realidad de hecho, se ha optado por la «ópera prima», complementando las sesiones con un aún tímido Encuentro Latinoamericano, al que se pretende dar mayor importancia en el futuro. De las películas españolas programadas fallaron dos, una de ellas —«Ditirambo», de Gonzalo Suárez— por no haber interesado a sus compradores, según declaró su realizador, la proyección en el marco de la Semana, y la otra —«Amor adolescente», de Jorge Lladó— por dificultades burocráticas, ya que al haber sido rodada en 16 mm. y luego pasada a 35 las autoridades no habían concedido, en el momento en que debía ser proyectada, la autorización necesaria, aunque parece que a última hora, ya terminada la Semana, el problema está en vías de resolver-

se. Es lástima que las cosas se hayan presentado en esta forma, ya que «Ditirambo», en cuanto primer largometraje de uno de nuestros novelistas más interesantes, (podía haber dado a la confrontación una pasión de la que en general ha carecido, y «Amor adolescente» ofrece el interés de haber sido realizada por un equipo extremadamente joven —el director tenía diecinueve años cuando la película se planteó— y desde las coordenadas insólitas de una pequeña ciudad de provincia, Gerona. Ausentes estas dos películas —que he tenido ocasión de ver en proyección privada, y de las que vale la pena hablar, por distintas razones, en otra ocasión— el resto del material español presentado no logró apasionar a los espectadores. Las dos obras más interesantes —«La busca», de Angelino Fons, y «No contéis con los dedos», de Pedro Portabella— luchaban con serios handicaps, en primer lugar el de haber sido proyectadas ya en Barcelona, y en segundo lugar el de las condiciones de sus respectivas proyecciones en el propio marco de la Semana. De «La busca» ya nos hemos ocupado ampliamente en estas páginas. «No contéis con los dedos» es, a lo largo de sus treinta minutos de duración, uno de los más brillantes experimentos del cine español, en el que influencias ajenas innegables se hacen hallazgos propios a través de una inteligente asimilación.

El resto de films españoles decepcionó. En años anteriores, Molins había sido el revelador de películas como «La caza» o «Nueve cartas a Berta». Las que se presentaban este año acusaban en exceso las limitaciones, no sólo de orden económico, en que ha-

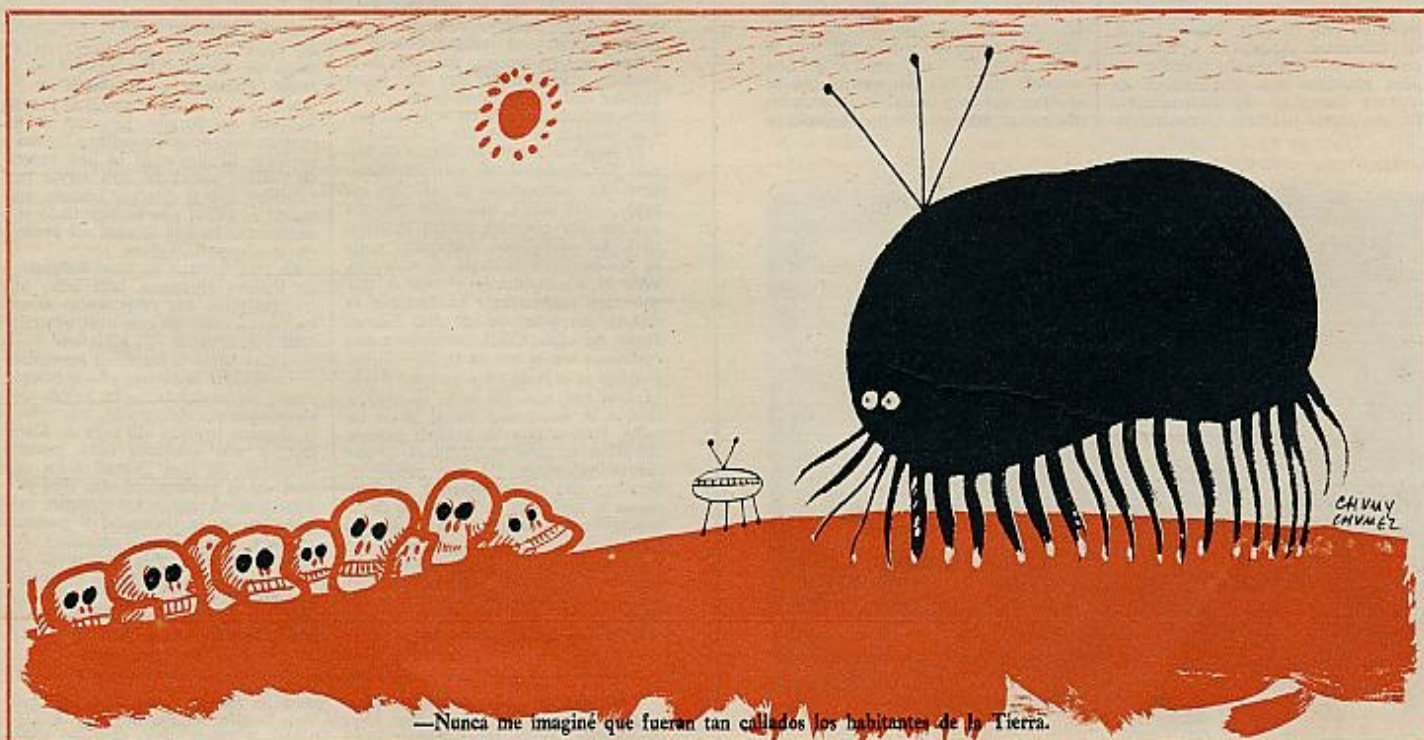


FUSILES...

bian trabajado sus autores. Obras de encargo, como «Días de viejo color», de Pedro Olea, hechas al amparo de la protección al cine infantil, como «El tesoro del capitán Tornado», de Antonio Artero, no sirven, evidentemente, para dar la medida de sus autores, aunque la primera acuse el dominio del oficio de Olea y la segunda esté salpicada de ideas brillantes que no alcanzan la debida traducción en su puesta en imagen. Por su parte, «Tinto con amor», de Francisco Montolio, acusa una inexperiencia en su realizador que sorprende después de haber visto su ejercicio de fin de curso en la E.O.C., uno de los más brillantes entre los de los últimos años, mientras que «Los amores difíciles», de Raúl Peña, dentro de sus insuficiencias y el carácter excesivamente juvenil de sus planteamientos, da testimonio de una capacidad para dirigir corporalmente a los actores —sobre todo en el tercer sketch— y para dar verosimilitud a situaciones que en el guión parecían insalvables. La aportación española se cierra con la exhibición, en sesión de homenaje a Berlanga, completada con la de «Días de viejo color», donde interviene como

actor, de «Esa pareja feliz», primera obra realizada en colaboración con Bardem y que conserva, después de más de quince años, gran parte de su frescura original.

El Encuentro Latinoamericano comportaba cuatro proyecciones. Un film argentino, uno mejicano, uno portugués y uno brasileño en sustitución del no presentado «Ditirambo». «Pajarito Gómez», de Rodolfo Khun, ha sido ya comentada en estas páginas a raíz de su exhibición en la reciente Semana de Cine Argentino. «Los cañanes», de Juan Ibáñez, y en cuyo guión ha trabajado Carlos Fuentes, es una interesantísima muestra de un cine que apenas conocemos salvo en su peor vertiente, en la que junto a ingenuidades propias de una cinematografía que continúa desinvolviéndose en condiciones poco menos que de primitivismo, existen estupendos aciertos que la hacen apasionante por momentos. «Belarmino», de Fernando Lopes, incide en el «cine directo» y es como una larga entrevista televisiva con un «viejo» boxeador, a través de la cual se replantean distintos aspectos de la sociedad portuguesa. «Los fusiles», de Rui Guerra, es, sin



—Nunca me imaginé que fueran tan callados los habitantes de la Tierra.

# EN PUNTO

duda, el mejor de los cuatro films del Encuentro y, por supuesto, de la Semana. Barroco, hasta cierto punto embarrullado y confuso, es, al igual que la mayoría de los films del «novo cine» brasileño, obra apasionada y apasionante, llena de sugerencias, de una violencia que no excluye el efectismo. En una zona asolada por el hambre, por la que pulula un buey «sagrado» que un santón asegura que realizará milagros, cuatro militares encargados de mantener el orden acabarán sintiéndose incapaces de hacerlo. El relato es a la vez directo y distanciado. Una mística de la revolución late en todas las imágenes de rara belleza. La película va a estrenarse en público y entonces será el momento de dedicarle la amplia atención que merece, aunque valga la pena destacar aquí su gran clase.

Esto ha dado de sí la edición 1968 de Molins de Rey. Se ha constatado una disminución en el interés del «nuevo cine español». Y el director de la Semana pedía, en las palabras pronunciadas en el acto de clausura, una mayor libertad de expresión, que per-

mitiera a los nuevos autores ser más auténticos, más sinceros. Sobre el tema se había celebrado, por otra parte, una mesa redonda en la que se habló de la necesidad absoluta de prescindir de cualquier tipo de paternalismo y de sumisión a las estructuras industriales como única vía para acceder a un cine auténticamente libre e independiente. El problema, evidentemente, es cómo llegar a ello si se parte de la base de que el cine exige una inversión de capitales y tiempo que no hace, de momento, posible su equiparación a la literatura u otra actividad cualquiera de carácter intelectual. Las posiciones de quienes planteaban con más vehemencia esta tesis fueron discutidas por realizadores de la «escuela de Barcelona» y críticos y organizadores de la Semana. Existen, no obstante, o están en gestación, films rodados en 16 mm. de espaldas a cualquier compromiso, y a partir de cuya eventual difusión habría que plantear la discusión sobre el tema, que sin obras detrás y a escala puramente teórica ofrece caracteres excesivamente utópicos. ■ C. S. F.

## VALLADOLID 13.ª EDICION

### En busca de nuevos «valores»

Con ritmo de pasodoble ha podido cerrarse la XIII Semana Internacional de Cine Religioso y de Valores Humanos, gracias al Lábano de Oro —máxima recompensa del Certamen— concedido a la película inglesa «Privilege», ya que en la secuencia más espectacular de esta obra de Peter Watkins, en una extraña concentración espiritual se escucha, como himno «religioso», un celeberrimo pasodoble español. Así, a primera vista, todo puede parecer contradictorio: y, en efecto, lo es. Las cuatro películas que han obtenido los principales premios del concurso vallisoletano —«Privilege», «Rebelión», de Masaki Kobayashi (Espiga de Oro); «O Salto», de Christian de Chalonge (Premio Ciudad de Valladolid); «Barrera», de Jerzy Skolimowski (Premio Especial del Jurado)— desbordan ampliamente los supuestos que, en principio, parecen alentar la existencia de esta Semana. Digamos que, por diferentes derroteros y diversas formulaciones, las cuatro películas citadas plantean una problemática de «valores humanos» en contradicción con una moral habitual o conservado-

ra. En una palabra, se trata de films de orientación abiertamente progresista, desde el análisis lúcido y riguroso de la sociedad de consumo —«Privilege»— hasta la búsqueda de un nuevo humanismo dentro del socialismo —«Barrera»—, pasando por la llamada a la insumisión —«Rebelión»— o el documento estremeceador sobre los emigrantes clandestinos portugueses —«O Salto»—.

Hay una cuestión previa: a nadie se le escapa la vaguedad e imprecisión del título de la semana: «valores humanos» los hay en todos los films, por supuesto. La matización puede estar en qué se entiende por dichos «valores». Hasta el momento, el criterio se ha ajustado a unas convenciones ortodoxas; con los premios de este año, la Semana de Valladolid —o al menos la decisión de su Jurado Internacional— ha intentado una apertura que, a la vista del material presentado, era la única solución para sobrevivir. Los «valores humanos», por mucho que se quieran definir y acotar no existen en abstracto: empiezan a manifestarse a



«REBELION»

partir de unas conductas, de unos comportamientos. Las cuatro películas premiadas, y las que no lo fueron —algunas de ellas excelentes, como «El regreso del hijo pródigo», de Evald Schorm, o «Padre», de Istvan Szabo—, testimonian, en primer lugar, su voluntad de estructuración de unos nuevos valores. Es decir, la necesidad de romper con unas normas establecidas para crear unas nuevas bases de convivencia y diálogo.

«Privilege» nos cuenta la historia de un joven cantante pop que goza de una atracción fantástica sobre las masas de jóvenes. El gobierno utiliza a esta figura para canalizar la violencia de la juventud: ésta es una forma de apartar a un amplio grupo social de otras preocupaciones políticas. Pero llega un momento en que la Iglesia —ninguna determinada como se advierte al principio del film— se interesa por el caso y reclama la colaboración del cantante para que —una vez arrependido públicamente— atraiga a la juventud al camino de la fe. El film de Peter Watkins es ácido, mordaz, extraordinariamente bien realizado: una hermosa película de ciencia ficción, entendiendo a este género en el mismo sentido que lo entendió Kubrick en su «Teléfono rojo? ¡Volamos hacia Moscú!». «Privilege» obtuvo el Lábano de Oro, máximo galardón de la Semana vallisoletana. Hay que hacer constar que no se pudo premiar ninguna película de carácter religioso porque ninguna se presentó a concurso.

El espectador español conoce de Masaki Kobayashi —cuya película «Rebelión» ha conseguido la «Espiga de oro»— «Harakiri», una obra violenta y atroz, una protesta contra la injusticia. En «Rebelión», Kobayashi reduce posiblemente la dosis de violencia, pero su argumentación crítica es mucho más convincente. La historia es simple: un señor de un clan —en el Japón del siglo XVIII— repudia a una cortesana con la que ha tenido un hijo y obliga al hijo de unos vasallos a que se case con ella. La boda se celebra pese a la resistencia inicial de la familia. Poco a poco la antigua amante del señor se gana la confianza de sus nuevos parientes. En ese punto, el heredero del señor muere y éste reclama la presencia en el castillo de la muchacha con la que tuvo un varón. La familia se opone. La represión del señor es feroz. El vasallo denuncia la injusticia del hecho. Su protesta le valdrá la aniquilación de toda su familia. Más allá de la peripecia dramática —de por sí apasionante— interesa la

actitud de la mujer en este film japonés: su incorporación activa y racional a esa decidida insumisión ante la injusticia, que los hombres no tienen más remedio que afrontar con las armas en la mano.

«O Salto» significa, literalmente, el salto que dan los portugueses para pasar clandestinamente a Francia atravesando territorio español. En su primer largometraje, Christian de Chalonge describe minuciosamente este itinerario desgarrador. Lo importante del film es que, a través de un periplo erizado de humillaciones, se revela la condición patética de estos hombres abocados a un «salto» inevitable para huir de una vida sin porvenir. Relato ceñido, escueto, totalmente ausente de retórica. La sensibilidad del autor se manifiesta en la metódica selección de episodios significativos, rehuyendo en todo momento el tono discursivo y dogmático.

El bloque socialista concurría a Valladolid con tres films importantes de Polonia —«Barrera»—, Checoslovaquia —«El regreso del hijo pródigo»— y Hungría —«Padre»—, tres obras que manifiestan la madurez alcanzada por esas cinematografías en los últimos años. Personalmente, estimo que el film de mayor calidad presentado al certamen de Valladolid es el checo, aunque no haya figurado en ninguna de las listas de premios. Fue «Barrera», de Jerzy Skolimowski —guionista de Polanski—, el film que mereció el Premio Especial del Jurado. Libertad de expresión e inspiración, soltura formal y estética: Skolimowski es una especie de Godard socialista, con mayor profundidad que el director francés, aunque sí es cierto que ha asimilado perfectamente bien la lección del pionero de la «nouvelle vague».

En esta Semana de Cine Religioso y de Valores Humanos sólo hubo una manifestación que respondiera al primer enunciado: un ciclo retrospectivo dedicado al tema «El sacerdote en la pantalla». Junto a los films inevitables —«La ley del silencio», «Yo confieso», «Forja de hombres»...— ha habido algo absolutamente abominable, una película alemana titulada «El cura de Kirchfeld», y una auténtica obra maestra «Nazarin», de Luis Buñuel. A los diez años de su realización, este film permanece como uno de los ejemplos más evidentes de la serenidad y potencia creadora del maestro aragonés. Por unanimidad, el Jurado compuesto por los redactores de la revista «Cine-Studio» premió este film, que también recibió una mención especial de la Federación Nacional de Cine-Clubs. ■ J. G. D.

BARRERA



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Jesús García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Golcochea, Arturo López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, Jerome Pietrasik, César Santos Fontela. Fotos: Europa Press, Cifra Gráfica, Archivo.